
CONSEJO DE REDACCIÓN

P. Dr. Alberto Espezel, Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Prof. Clara Gorostiaga

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	¿Para qué la cultura?
<i>Oscar Caeiro</i>	7	Los caminos de la literatura
<i>María Laura Dippolito</i>	19	La narración oral como creadora de sentido
<i>María Gabriela Rebok</i>	25	La cultura contemporánea: entre la multiculturalidad fáctica y el desafío ético de una tarea intercultural
<i>Mons. Eugenio Guasta</i>	39	Carmen Gándara 1900-2000
<i>Francisco Díez Fischer</i>	45	La cultura entre el ocaso y la aurora
<i>Tony Anatrella</i>	51	Malestar en la paternidad y en la valorización maternal
<i>Card. Joseph Ratzinger</i>	75	La fe en el contexto de la filosofía de hoy
<i>Alberto Espezel</i>	83	Cristologías actuales

Malestar en la paternidad y en la valorización maternal

Consecuencias sobre la psicología religiosa

*Tony Anatrella**

*Conferencia dictada el sábado 6 de abril de 2002 en el coloquio organizado por la revista *Communio* en París.*

Introducción

Con frecuencia escuchamos en el discurso social, un lamento que reprocha a los padres su retraimiento y su ausencia. Si algunos padres están, por sí mismos efectivamente en esta situación, otros han sido “evacuados” por la madre; paradójicamente este proceso se contradice en la experiencia. Los padres experimentan un sentimiento de injusticia cuando oyen decir que no están comprometidos con su relación familiar y las madres se sorprenden de que se les reproche de querer neutralizar al padre.

Entonces, ¿de dónde viene esta idea de que los padres han defecionado? Cuando oímos decir que los padres están ausentes, ¿de qué “padre” estamos hablando? ¿Se trata de los “papás”, es decir de los individuos que son padres y que no cumplen su tarea? ¿O bien se trata de “la función paternal”, con todo lo que ella representa simbólicamente –es decir en el sentido de Tres, de la prohibición del incesto, de la ley, de la diferencia entre los sexos, entre las generaciones y con el mundo exterior– que estaría mal vista por la sociedad? ¿O también

* Psicoanalista y psiquiatra social, París.

del padre imaginario, es decir de la imagen paterna que está muy cargada de expectativas, de idealizaciones y de las rebeldías del hijo e incluso de la madre misma cuando no es el mismo padre quien llega a ser vencido por su debilidad interna para ejercer su rol?

Es necesario pues tener en cuenta tres conceptos para hablar del padre: el padre real, el padre simbólico o la función paterna y el padre imaginario. Hemos asistido a lo largo del tiempo al lento desplazamiento de la función paterna que tiene consecuencias sobre la psicología masculina pero también sobre la constitución de la femineidad y la manera en que se representa la maternidad. Es lo que les propongo examinar.

I. La declinación social de la función paterna

Sería necesario un estudio histórico detallado para mostrar cómo en el siglo XIX ya se hablaba de "carencia paterna" para evocar la deficiencia educativa de los padres a los que se acusaba de abandonarse al juego o al alcohol, o a quienes, por otras razones, no asumían ya sus responsabilidades educativas. El Estado, sobre todo en Francia, animó progresivamente a sustituir el rol del padre (ver las leyes de 1889 sobre la desautorización de los padres indignos). La legislación igualmente ha limitado, y en algunos casos hecho desaparecer, la función simbólica del padre. Lo mismo pasa con los documentos de la Comisión de Asuntos sociales de la ONU que no tienen en cuenta la función paterna.

En el lapso de algunos años "la función paterna", al menos en las representaciones sociales, ha perdido poco a poco su credibilidad. Un supuesto ideológico planea sobre la imagen social del padre (como función), para desvalorizarla y reivindicar su muerte más que por ayudarlo a ejercer su rol. En este movimiento la relación educativa ha sido igualmente abandonada. Este cliché de un padre alcohólico, lastimoso, irresponsable, tiránico, ha sido largamente explotada por las producciones culturales de los siglos XIX y XX: literatura, teatro, cine, etc. Sin embargo ;no todos los padres vivían según ese modelo! Muy por el contrario, la mayor parte estaban atentos a sus hijos y sabían ejercer su rol. Pero hacía falta sin duda construir en el corazón de una

sociedad dada una imagen del padre “carente” para destituirlo mejor. Hoy, si la carencia paterna es fuertemente presentada en términos psicológicos y morales a través de nociones tales como “ausencia”, “dimisión”, “falta de autoridad”, es siempre el manejo del padre que es procesado, incluyendo así las representaciones sociales y ciertos comportamientos individuales. Como si fuera necesario hacer que el padre aparezca como un ser desfalleciente.

En tal contexto, los hombres muchas veces se sienten inquietos con la idea de ser “padre”. Lo manifiestan no solamente cuando son despojados en este ámbito de su historia personal, de vivencias afectivas, de referencias paternas, sino también porque la sociedad no lo ayuda con ningún símbolo en la medida que presenta y valoriza sobre todo las imágenes de la relación madre-hijo. Es por esto que numerosos padres jóvenes vienen a consultar o participan de reuniones con el fin de aprender su “tarea” de padres. En particular aquellos que no saben cómo un hombre se ocupa de un hijo y de su mujer, que ha llegado a ser madre gracias a ellos. También se interrogan sobre el contenido de lo que desean transmitir a sus hijos.

El aumento de divorcios, la relación monoparental y los progresos de las técnicas de fecundación asistida favorecen también la concepción del padre olvidado, excluido y descartado: el padre minimizado como progenitor, el padre desposeído de su hijo y de su función simbólica. El padre es también inexistente cuando se pretende que el niño pueda prescindir de la madre por su propia opción individual y a veces de manera homosexual, en nombre de una biologización solitaria de la filiación. Pero no es suficiente fabricar la carne humana: también es necesario situarla a partir de la diferencia sexual y en la sucesión de las generaciones, entre padre y madre, y que sea instituida para que se desarrolle y se reproduzca en la historia. Si no la vida se detiene en el encierro materno y en el narcisismo de la persona que quiere refugiarse. En este esquema el hijo está reducido a ser un niño prótesis y al servicio de la valoración del adulto. No es aceptado por sí mismo ni socializado por el padre: sólo prolonga el deseo del adulto y se confunde con él.

De esta manera el Estado ha querido sustituir al padre, haciendo de la madre la progenitora principal o la única generadora del niño. El

derecho también acentúa la desigualdad entre el hombre y la mujer sobre el niño por nacer. Fuera del matrimonio la madre puede reconocerlo sola en detrimento del padre. En cuanto al padre divorciado, muchas veces es penalizado y limitado en el ejercicio de su rol. Además, si bien es un hecho que la maternidad no se comparte puesto que es una experiencia original de la mujer, la procreación, el nacimiento y la educación, por el contrario se comparten entre el hombre y la mujer la mayor parte del tiempo y no pueden ser ubicados únicamente bajo el primado de ella, a menos que nos encaminemos hacia un matriarcado.

La función paterna ha sido progresivamente desvalorizada socialmente, aunque la mayor parte del tiempo los padres cumplan su rol respecto de los hijos. Pero las imágenes sociales que minimizan o desvalorizan al padre, atentan contra su función simbólica (la del Padre) y dejan entender que se podría prescindir de ella quedándose sólo con la madre. Simplemente sería suprimida, y la madre podría cumplir los dos roles. La negación de este simbolismo lleva también hacia la desvalorización del varón asimilado a la femineidad, lo cual provocaría automáticamente el desprecio de todos los productos de la civilización comprendidos por él en la cultura, el lenguaje y el sentido de la ley. Esta negación tiende a anular la diferencia entre los sexos, lo que favorece el surgimiento de la homosexualidad en el discurso social: el rechazo inconsciente del simbolismo paterno comporta la búsqueda del padre faltante a través de la homosexualidad. En fin ella es también la negación de todo principio de autoridad y de la transmisión, lo cual se constata tanto en la escuela como en la familia.

II. El padre identificado con la madre

Como reacción al declive de su imagen social, y para ser aceptado, el padre tuvo que identificarse con la madre. En las representaciones de moda, debía presentarse como una "madre bis", como un "papá gallina" y adoptar los mismos razonamientos y las mismas actitudes que la madre. No es reconocido por él mismo como si debiera simplemente maternizar y confundirse con la madre acogedora. Por lo tanto ya no es ni padre ni madre. Sin embargo cuando da nutrientes a su hijo, lo hace en tanto que padre y no como la madre. El padre paterno no materniza. Su forma de hablar al niño, de llevarlo, de tocarlo,

es distinta de la madre. El niño lo sabe bien y es justamente eso lo que él necesita.

Hay que reconocer que la función paternal está cada vez más individualizada acercándose a la de la madre ya que no hace tanto tiempo que el padre, en tanto que persona, no era el único en expresar este simbolismo. Éste está igualmente cumplido no solamente por la identificación paternal sino también por un colectivo de “padres sociales”. El padre pide con frecuencia al docente, al sacerdote, al responsable de un movimiento de jóvenes que sean “otro padre” para su hijo. El estallido del tejido social y la desvalorización de la relación educativa deja al padre individual solo en su tarea. Como numerosos adultos no saben cómo llevar a cabo la simbólica paternal, cae sobre el hijo de este padre ausente, sobre aquellos que se llaman en Francia “los hermanos mayores”. Es otro callejón sin salida que viene a confirmar la ausencia del mundo de los adultos y de los hombres en particular. En este sentido la sociedad ha reunido las condiciones objetivas para descalificar la función paternal y todos sus corolarios sociales; esto es, entre otras cosas, una fuente para la violencia y la delincuencia. ¿Qué adulto osa hoy hacer una observación a los jóvenes en la calle, el subterráneo o donde sea? Prefiere callarse y seguir su camino.

Después de muchos años, constatamos la relativa ausencia de la función paternal en la estructura psíquica y social de numerosa personas. Las dudas de la filiación, de la identidad sexual, la confusión entre imaginario y realidad, el aumento de conductas adictivas (es decir de dependencia) a través la toxicomanía¹, signo de la dificultad para ocupar su espacio interior, la burla, que es una relación sádica y destructiva, y la violencia juvenil son sus mayores síntomas.

Efectivamente algunos jóvenes, privados de la función paternal que los ayudaría a distinguirse de la madre para individualizarse, toman a veces el recurso de la violencia para afirmarse. Por su parte las madres que se lamentan de no poder hacerse obedecer son impotentes para reaccionar. Son con frecuencia el objeto primero de la agresividad de los hijos y de los adolescentes, cuyo lenguaje es pobre y primario.

¹ Tony Anatrella, *La liberté détruite, drogue et éducation: la crise de l' interiorité*, Paris, Flammarion, 2001.

Si la función paterna ha sido descartada socialmente, los padres contemporáneos no quieren, al contrario, ser privados de su función. Ciertamente que es difícil para los individuos padres luchar contra el modelo dominante del “padre ausente”, aportado por toda una legislación y largamente estereotipado por los medios. Hay también un desequilibrio entre esta representación y lo que se vive en la práctica: los padres jóvenes quieren estar presentes y cumplir con su rol. La cuestión es saber si llegaremos a librarnos de la imagen del padre desechado que impregna las mentalidades después de tres siglos. Tuve ocasión de mostrar² que no son los padres en cuanto tales los que han sido devaluados sino que han sido desligados y descalificados por la sociedad.

El ejercicio de la paternidad puede variar de una época a otra. Por el contrario, la función paterna continúa en aquello que cumple simbólicamente. Reposa sobre el progenitor y lo sobrepasa. Este rol puede ser cumplido por otros que defecionan actualmente.

III. El padre real y el Padre simbólico

Por su lado, los padres de otro tiempo ejercían la paternidad de otra manera y sin oponerse, como para mostrar que somos mejores; los padres de hoy tienen la ventaja del deseo de estar implicados en el cuidado y la educación de sus hijos desde la edad más temprana. Quieren estar afectivamente cerca y por este vínculo asegurar su tarea específica. Es verdad que gracias a su presencia inscriben a sus hijos en la filiación y aseguran la triple función de progenitor, nutridor y educador. Esto asegura al hijo una coherencia psíquica que no encontraría en un lazo parental desaparecido. Su presencia física y relacional aporta al hijo un tipo de contacto corporal e intercambio afectivo muy singular.

En efecto los hijos tienen necesidad de sentir la presencia física del padre, de jugar, de afrontar y medirse corporalmente con él. Con el padre el chico encuentra el placer de tener cosas que hacer. Este intercambio afectivo con el padre, más vigoroso que con la madre,

² Tony Anatrella, *La différence interdite - éducation, violence, sexualité: trente ans après mai 68*, Paris, Flammarion, 1999.

permite a los chicos encontrar la seguridad y la confianza en sí mismos. Constatamos que muchos jóvenes han sido privados de una nutrición paternal y sufren por no saber qué es tener un padre. Aparecen frágiles, sin certeza, indecisos e impulsivos por el hecho de un déficit de la imagen paternal en su vida psíquica.

Frecuentemente se piensa que es suficiente que la función simbólica del Padre sea ejercida no importa por quién para suplir su ausencia. Esta hipótesis, que a veces puede verificarse bajo el título de una compensación, no puede sin embargo ser "una norma" como se quiere hacerlo actualmente en Francia, distribuyendo imaginativamente de una manera legal las potestades paternas al hombre que vive con la madre pero que no es el progenitor del chico. Tenemos la ingenuidad de creer que es suficiente hacer leyes para regular este tipo de problemas, organizando simplemente los síntomas de la desaparición del padre. Los niños no se equivocan cuando afirman al compañero de su madre: "¡tú no eres mi padre!"

En síntesis, de tanto subrayar la función simbólica, se termina por desencarnar al padre no dándole importancia a su presencia corporal: ya que es claramente en un enraizamiento físico donde la simbólica paternal puede desarrollarse. A fuerza de olvidar la importancia de esta presencia, se corre el riesgo de neutralizar el símbolo que ella significa. Esta presencia paternal permite al niño unificarse psicológicamente y le da el sentido de los límites y de la autoridad. El padre es aquel que permite la separación y por lo tanto el establecer entre la madre y el niño un espacio que libera de la inmediatez de la fusión con los seres y la cosas. El padre libera y da sentido al tiempo y al futuro allí donde la madre reenvía al imaginario, al pasado y retiene en el instante. De otra manera si el niño no ha conocido esta experiencia de la paternidad, le será difícil en la adultez afrontar la realidad y el sentido del tiempo sin sufrir a veces un relativo dolor psíquico. Incluso se deprimen por el contacto con la realidad, el tiempo que pasa y se angustian con la idea de comprometerse y más aún de acceder al sentido institucional y de la historia; a veces flirtean con ideas de suicidas.

IV. La decepción relacional y el silencio del padre

Numerosas personas se quejan de no haber tenido suficiente comunicación con su padre, incluso cuando reconocen que objetivamente no tienen nada que reprocharle. Se trata más bien de un sentimiento y de una impresión. Es verdad que puede haber habido carencias en este tema: un padre distante, pasivo, violento y que no facilita la relación. Pero hay también expectativas respecto del padre que permiten identificarse con él para desarrollarse, mientras que otras aspiraciones, que serán necesariamente frustradas, sustraen del imaginario y del ideal ilusorio. La cuestión es saber cómo se vive la paternidad.

La paternidad se ejerce muchas veces en un relativo silencio. En efecto, si la relación verbal se expresa más fácilmente con la madre, la relación con el padre, quien sin embargo introduce el sentido de la palabra y de la cultura, está en lo indecible y en lo fáctico. La mayor parte del tiempo el niño hace y quiere hacer cosas junto con su padre. Este silencio del padre es a veces interpretado, equivocadamente, como indiferencia o como una presencia opresiva, lo cual va a alimentar todas las construcciones imaginarias sobre la base de frustraciones no aceptadas. Así se encuentran proyectados sobre ese silencio una angustia de abandono o el temor de ser privado de libertad, de estar bajo vigilancia. Un silencio relativo que se impone por parte de la función paterna que abre a la autonomía y deja un espacio para que cada uno pueda apropiarse del campo que le toca y que será, también, el de la palabra. Esto no quiere decir que no haya conversación con el padre, pero habrá siempre un disgusto de no escuchar al padre como a la madre, y de no alternar suficientemente con él. Este dilema ha existido siempre: el padre es aquél que deja el lugar vacío a fin de que el deseo y la palabra se desarrollen fuera de su dominio y de la ilusión de sentirse colmado. El padre o más bien el padre idealizado existirá siempre.

V. El padre diferencia y da la autonomía

La función paterna es indispensable para diferenciar al niño de su madre. Ella ocupa el espacio imaginario a partir del cual el niño se crea la ilusión de poder actuar creyendo poseer a su madre. Pero si se demora en este sentimiento, corre el riesgo de encontrarse con

serias dificultades para afrontar las realidades de la existencia que no son flexibles a sus propios intereses. Sin embargo la madre es una fuente de seguridad que permite al niño contener sus emociones y la angustia del abandono: ella juega un rol contra fóbico importante con respecto al niño. Reasegurándolo, ella le da confianza en sí mismo y confianza en la vida. Por esto es indispensable no chocar ni reducir demasiado rápido la fase fusional que existe entre la madre y el hijo. La ideología actual de la autonomía suprime demasiado rápido esta etapa en nombre de una socialización precoz que prepara las conductas de dependencia y las prácticas adictivas de la adolescencia.

El universo de la madre y del niño funciona como un mundo cerrado y autosuficiente. El padre es el que recuerda que la madre no se confunde con el hijo, que éste no pertenece a la madre, y que el incesto, bajo todas sus formas, está prohibido. Así él separa al hijo de su madre y lo hace dueño de sí mismo. Si la madre lo pone en el mundo, el padre lo hace nacer psicológicamente facilitando el proceso de separación-individuación. En efecto, gracias a la función paterna el hijo se individualiza. En el caso de la "ausencia del padre" el niño debe apoyarse sólo sobre sí mismo para cumplir esta tarea: ciertamente lo consigue, pero a veces al precio de una fragilidad de su personalidad que se manifestará muchas veces en la postadolescencia.

A partir de los seis meses el niño comienza a reconocer a su padre y no lo vive más como una prolongación de la madre. Hacia los diez meses el padre aparece como otro polo a partir del cual va a poder afirmar su autonomía. El padre es así el garante de la autonomía psíquica del niño y de su apertura al mundo exterior, ya que está fuera de la relación madre/hijo. La madre por sí misma no puede representar esta autonomía de la cual el niño tiene necesidad para llegar a ser sí mismo.

La madre se revela madre gracias al padre. Si, por el contrario, ella puede convertirse biológicamente en madre aceptando o rechazando al hombre, es porque se ha situado psicológicamente mal como madre sin un hombre que sea el padre del niño. No es el niño el que hace que la mujer sea madre como se afirma hoy muchas veces: es el hombre quien permite a la mujer ser madre liberándola de su vínculo maternal de hija. Sin él ella no sería más que una hija-madre. El padre inscribe pues al hijo en la filiación desatándolo del solitario

cara a cara con su madre que corre el riesgo de formar una relación igual o parecida dejando de lado lo parental. De la misma manera, los adultos son quienes deciden la naturaleza de su relación cuando la paternidad procede de lo conyugal.

Invirtiendo estas realidades se deja suponer que la paternidad reposa sobre el niño y puede ser disociada de la conyugalidad. Si puede presentarse esta situación es accidentalmente y no de una manera estructural, bajo el riesgo de hacer pesar una carga psicológica sobre el niño que encontrará difícil ser capaz de una vida afectiva cuando llegue a la adultez.

El niño no puede representar el vínculo familiar y menos aún ser el garante paternal y maternal de sus padres. La fragilidad cada vez mayor del vínculo social y la inseguridad provienen de esta confusión entretrejida por leyes que terminan por instituir la inestabilidad y la inmadurez afectiva.

VI. El padre introduce la negación y sitúa al niño entre padre y madre

El padre es también aquél que dice “no” tanto al niño como a la madre a quien limita con el fin de dejar un espacio entre ella y el hijo. Interviene para hacer salir al niño del lazo fusional que lo liga a su madre. Él no entra en esa burbuja madre-hijo, sino al contrario, debe abrir la relación para evitar que la madre y el hijo se encierren sobre sí mismos. ¿Cuántas madres que duermen con su hijo bajo el pretexto que el marido está desplazado, se sorprenden luego de que el niño reivindique agresivamente ante su padre la exclusividad de la relación maternal? De esta manera muchas veces el padre es vivido como un aguafiestas, un inoportuno, alguien al que se quiere eliminar. Ya por su sola presencia introduce la negación y la palabra prohibido, es decir, pone el límite a partir del cual la vida puede ser posible. El rol de la función paterna da su fundamento a la ley simbólica de la familia y sitúa al hijo en su lugar si éste tuviera la tendencia a identificarse con la omnipotencia maternal imaginada: ¡yo puedo todo y quiero todo porque mamá puede todo, ya que ella es la que da la vida!

Algunos padres no osan interponerse para ocupar el lugar que les corresponde y muchas veces están paralizados en el cumplimiento de esta tarea psíquica. La sociedad no les ayuda cuando las ideas sostienen que la prohibición corre el riesgo de molestar el desarrollo del niño. Así, numerosos padre no saben ya más que decir cuando el hijo de tres años declara señalando a la madre: “¡esta no es tu mamá!”, sobreentendido: “ella no es tu mujer”. Se quedan sin voz, cuando la respuesta se impone por sí misma: “tienes razón, ella no es mi mamá, pero es mi mujer”.

El padre es entonces el que libera al hijo de ese sentimiento de omnipotencia en la medida en la que descubre que su madre desea a cualquier otro fuera de él. Ella prepara así la función paternal ya que es el padre el que tiene el poder y el uso legítimo del falo, es decir, el poder de separación. También es él quien tiene la condición de prohibir la madre al hijo como objeto de sus primeras aspiraciones sexuales. Por otra parte sucede que las mujeres madres, habiendo aprendido a vivir solas con su hijo, no soportan la intervención y la palabra masculina y paternal cuando ellas se comprometen en una vida de pareja con otro hombre. Deben dejar el lugar a otra palabra que consideran a veces limitativa, cerrada y demasiado realista. Creen que esta palabra molesta a su hijo. Sin embargo, sin inhibir las posibilidades del niño, esta palabra del hombre y del padre es necesaria para el niño, para iniciarlo en las contrariedades de la vida y para descubrir los límites que no deben franquearse a través de la castración simbólica.

Dicho de otra manera, el niño descubre que no es él quien hace la ley, sino que la ley lleva a una dimensión exterior a sí mismo. Renuncia así a su propio sentimiento de omnipotencia para dárselo a otro. La renuncia a esta posición ilusoria le va a permitir ser él mismo y desarrollar sus posibilidades. En el mejor de los casos, la madre quiere a su hijo a través del padre, y el padre a través del deseo que él tiene de su hijo, desea a la madre en su totalidad. La madre vuelve el hijo hacia su padre y el padre significa para el hijo su existencia en sí mismo. El padre, repito, aparece como un mediador entre el niño y la realidad. Su rol consiste en introducirlo en lo real lo cual favorece el acceso a la diferencia sexual, el despertar de la racionalidad, del sentido de las relaciones y del acceso a la cultura.

VI. El padre representa la diferencia entre los sexos

La diferencia entre los sexos representada por el padre, ya que él es de otro sexo que la madre, juega, por otra parte, un rol de confirmación para el chico y de revelación para la chica de su identidad sexual. La ausencia de función paterna lleva a la confusión de los sexos. El film de Pedro Almodóvar (Premio de la puesta en escena en el Festival de Cannes 1999) *Todo sobre mi madre* es una buena ilustración de esto: las mujeres y las madres dominan la sociedad y los únicos hombres que quedan son transexuales.

Si la identidad, en el sentido de pertenencia sexual, es algo dado de base en el nacimiento ya que se es hombre o mujer y no hay otras identidades sexuales, el niño lo integrará a través de distintas etapas de maduración afectiva. Pero deberá también construir su orientación sexual, que es algo que se adquiere, en función de la experiencia singular del individuo y de la manera en que supere o no los conflictos de base de la economía pulsional.

La integración del género sexual puede psicológicamente fracasar y mantener la personalidad en una relativa indistinción que va del fracaso para acceder a la heterosexualidad, al repliegue bajo las pulsiones parciales tales como el voyerismo, el sadomasoquismo etc. El género sexual corre el riesgo de ser confundido con las orientaciones sexuales, tomando por ejemplo, una tendencia por una identidad sexual como se lo ve en la homosexualidad. La sexualidad fragmentada, regresiva y agresiva tal como se presenta en las imágenes actuales, es un síntoma innegable de la carencia de la función paterna a partir de la cual se elabora la sexualidad humana.

Tanto la hija como el hijo tienen al principio una tendencia a identificarse con el sexo de la madre y es el padre, en la medida en que es reconocido por ella, quien va a permitir al niño situarse sexualmente. El chico tiene necesidad de su padre para renunciar a la identificación con el sexo de su madre. Tiene temor de ser una niña y no le gusta que lo traten así. El padre lo confirma en su masculinidad. El hijo se identifica de manera homosexuada³ con su padre para en-

³ Sin duda se trata de una identificación homosexuada, es decir, con su padre que es de su mismo sexo y no de una relación homosexual que implica una erotización de la relación.

contrar en él los materiales que necesita para construirse. Existe una rivalidad sorda entre el padre y el hijo, y en la comunicación entre los dos. En la adolescencia se tienen miedo justamente en el momento en el que descubrirán que no son un peligro mutuo para su virilidad. El mito de la fuerza y el poder, buscados por el chico en contra de su padre para ser él mismo y valorizarse, puede superarse o fijarse en el imaginario. El poder corre el riesgo ahora de ser erotizado y de favorecer conductas neuróticas o perversas en la búsqueda de un objeto inencontrable, por ejemplo a través de la homosexualidad.

Por el contrario, el padre revela la femineidad de su hija en una relación que con frecuencia está construida de seducción y de celos recíprocos. La chica, a ejemplo del chico, idealiza a su padre durante mucho tiempo. Para diferenciarse mejor de su madre ella quiere vivir como un varón.

Reivindica, por otro lado, clásicamente en la adolescencia, el tener actividades de varón, de vestirse y de hablar como él. Esta "protesta viril" de la hija (Hélène Deutsch) es un hecho psíquico de la pubertad que es transformado, a continuación, en las racionalizaciones filosóficas feministas más o menos agresivas contra el varón. De hecho se trata sobre todo de una afirmación cara a cara frente a la madre para salir de una relación fusional que angustia. La necesidad por ejemplo de presentarse con un aspecto masculino es una manera de querer vivir como el padre. En el desarrollo habitual de la chica este conflicto cesa cuando ella se da cuenta de que no le falta nada, ella es otra persona y acepta identificarse con su madre para integrar su femineidad y el sentido de la maternidad.

Pero para comprometerse en este trabajo psicológico, también es necesario que el chico y la chica acepten inconscientemente a su padre. En caso de evitar al padre, la personalidad del individuo será muchas veces reivindicativa y agresiva contra todo lo que lo recuerde y en demanda constante de reconocimiento cara a cara de los otros y de los demás. Uno de los desafíos de la postadolescencia (24-30 años) es el de sentirse reconocido y valorado por el padre. La desvalorización de él lleva automáticamente a la depreciación de sí mismo, acompañada de un sentimiento de impotencia, a veces de rebelión, al punto de destruir y de destruirse a sí mismo. Tanto el hombre como la mujer

terminan de madurar afectivamente de base cuando no están más en conflicto y no dependan más de un sentimiento de inferioridad o de necesidad de reconocimiento y de evaluación respecto de su imagen paterna.

VII. Las consecuencias de la negación de la función paternal en la diferenciación sexual

El padre que ha sido alejado y el hombre despedido nos obligan a interrogarnos sobre la forma en la cual la sociedad acepta o no la diferencia entre los sexos.

La condición humana está dividida en dos sexos y va al encuentro del fantasma infantil del sexo único o de la negación de dos sexos inherentes, tanto uno como otro, a la psicología humana. Encontramos estas dos realidades psíquicas repartidas en las corrientes de pensamiento que buscan justificar el feminismo y la homosexualidad. Una, entre ellas, afirma que somos un humano antes de ser un hombre o una mujer. Esta construcción, al menos irreal e irracional olvida que el ser humano en sí no existe. Es una defensa contra la dificultad que representa el hecho de ser de uno u otro sexo y ciertamente no asexuado, ni de los dos sexos a la vez y todavía menos aún anulando ese sexo que no se sabe ver.

No podemos ser una persona humana sin ser varón o mujer. Esta diferencia no consiste, como cada uno sabe, únicamente en un asunto orgánico o de unión genital. Se trata de la disimetría entre dos personas sexuadas, del hombre y de la mujer, en el corazón del sentido y del extrañamiento que puede representar la alteridad. Por otra parte es difícil acceder a esta dimensión cuando la diferencia entre los sexos no es aceptada y no está integrada a la vida psíquica. Es muy complicado ser auténtico y tener el sentido de la ley que distinguen al hombre de la naturaleza, cuando se debe evitar y quedarse en la periferia de esta doble realidad. La inversión se complace en la confusión y en el retorcimiento constante de las relaciones, las ideas, los sentimientos, los valores y las leyes. En su impertinencia más grande, el discurso social de la homosexualidad no trae la reivindicación de un derecho a la diferencia, queriendo que se reconozca la relación homo-

sexual al mismo nivel que la pareja hombre-mujer, en la medida en que este discurso está en contradicción y en contra de lo que justamente permite la diferencia.

Peor aún y el colmo de la negación se da cuando se afirma que el niño puede ser concebido sin penetración sexual, sin sexo y de manera instrumental, sin tener en cuenta al otro sexo, y que puede ser educado de manera homosexual en el rechazo de la identidad sexual. El otro se encuentra así eliminado en el enceguecimiento edípico, lo cual es un manera de actualizar no ya en el fantasma, sino en la realidad la muerte del padre. En esta hemorragia psíquica se deja entender que el incesto es posible cuando se desea un hijo a partir de un solo sexo: el padre ya no es más necesario, todos apuestan a la madre. En esta perspectiva asexuada y por lo tanto irreal, la forma del cuerpo y sus límites reales no cuentan. Deja de lado la castración simbólica que permite, sin embargo, aceptar su cuerpo sexuado, su lugar en el orden de la filiación y de las generaciones y constituirse como individuo fecundo. Es suficiente atenerse a un juego de deseos y de atracciones subjetivas. Cada uno se sitúa por delante en detrimento de una visión global de sí y del otro y sobre una vertiente despedazada y puesta fuera del componente genital.

En este contexto se comprende que la sexualidad indiferenciada de la economía infantil, es decir, del comienzo de la vida, se halla valorizada a través del mito social de la homosexualidad. La homosexualidad sería el signo de la modernidad y de la liberación del trabajo psíquico de la integración de la realidad de los dos sexos. Será inútil liberarse de esta diferencia fundamental para refugiarse en la ilusión de un sexo único, o de manera muy simple, en la anulación de esta doble realidad. Sobre todo cuando el sexo del otro da miedo. El rechazo o la ausencia de la función paterna conlleva a la larga el rechazo mismo de la diferencia sexual, la valorización de la homosexualidad, el rechazo del padre en beneficio de la madre. La madre omnipresente y omnipotente se apoya sobre el fantasma de la mujer autosuficiente.

A este propósito conviene subrayar acá dos aspectos metodológicos.

1. Hablamos de una corriente de pensamiento portadora de una determinada ideología homosexual y no de la problemática psicológica de la homosexualidad que es otro tema.
2. No corresponde querer tratar la cuestión homosexual de la misma manera en el plano de lo social que en el de lo individual. Que algunas personas vivan con esta tendencia es un hecho. Otra cosa sería tratar de hacer de la homosexualidad un modelo social en igualdad con la relación hombre/mujer. Por otra parte se trata de una estructura afectiva y de un tipo de relación que son de naturaleza diferente. La sociedad no puede organizarse razonablemente si no es a partir de las diferencias entre los sexos.

Para quedarnos en el tema de nuestras reflexiones, propongamos la cuestión: ¿cuáles pueden ser los efectos de la ausencia de la función paternal sobre la psicología religiosa? Más precisamente la desvalorización de la función paternal ¿no es uno de los efectos de la negación de la Paternidad de Dios en un mundo donde se quiere ser hermanos sin tener al Padre?

VIII. Las consecuencias sobre la psicología religiosa

1. Negarse a hablar del Padre

En un mundo donde la función paternal se encuentra ausente, ¿es necesario pues abstenerse de hablar del padre? Ciertamente que no. Graves errores son cometidos a veces en el discurso de los educadores y en la catequesis. Sucede así que bajo el pretexto de que los niños no conocen a su padre o que sus padres están divorciados, se evita evocar en su presencia el rol de la paternidad y el sentido de la familia. Un docente me decía que en algunas escuelas maternas, varios de sus colegas han adoptado este pensamiento en el tema del día de la madre y del padre. No los nombran delante de sus alumnos. Además para no crear celos entre los chicos, han suprimido la realización de objetos para el día de la madre. Piensan sin duda sanar así la ausencia del padre, por medio del silencio de su no presencia en el discurso y en los gestos. De hecho ésta tendría que ser una razón más para hablar del rol y del lugar que tiene el padre. Porque es a través de las palabras de los adultos cómo los niños reciben los diferentes

aspectos de la simbólica paterna de la cual tienen necesidad para construirse. La educación debe afrontar esta carencia de “padre” en la sociedad actual y encontrar así los medios para tratarla a través del lenguaje.

Es también nefasto pensar que nos sería imposible evocar la paternidad de Dios bajo el pretexto de que la sociedad desvaloriza la imagen del padre, o de que una persona, niño o adulto, no ha vivido una relación positiva con su padre. Dicho de otra manera, una deficiencia paternal no justifica el hecho de amputar el discurso cristiano en su realidad fundamental.

2. Somos todos hijos, de padre a hijo, porque no estamos en el origen de la paternidad

La institución de una paternidad en Dios es uno de los fundamentos del mensaje evangélico. Es Cristo, en los evangelios, quien plantea la existencia de esta paternidad divina. Él es el mismo Hijo del Padre del cielo, que a través de él se convierte en Padre de aquellos que le siguen por la gracia del bautismo. Tal es el sentido del *Pater noster* (Mateo 6,9-13) que Jesús enseña a sus discípulos y que recuerda, en el corazón de toda oración cristiana, ese lazo esencial entre el hombre y Dios.

Dios ha engendrado a su Hijo y lo ha hecho existir donándose a él. Cristo nos hace entrar en esta relación con su Padre por el bautismo. Sólo existe el Cristo que es Hijo de Dios y es por él que nosotros tenemos parte en esta dignidad de hijos de Dios. Cristo fue hacia aquellos que no eran y que no podían ser los hijos de Dios y les dio aquello que le era propio: “a aquellos que lo acogieron, a aquellos que creen en su nombre les ha dado poder de llegar a ser hijos de Dios” (Juan 1,12). Se trata sin duda de una revelación, de un acogimiento de esta palabra y de un don recibido de filiación.

La afirmación de la paternidad divina implica, en los evangelios, dos consecuencias.

En primer lugar la paternidad carnal se encuentra relativizada. El acto de fe en Dios Padre la coloca por encima de los lazos de sangre: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno

de mí" (*Mateo* 10,37) y de una manera aún más decisiva: "aquél que viene a mí y no odia a su padre y a su madre, no puede ser mi discípulo" (*Luc* 14,26). Jesús no pide el odio sino el desprendimiento completo e inmediato (*Luc* 9,57-62). Jesús da, él mismo, el ejemplo de ese desasimiento casi edipiano en el sentido de que los padres no pueden terminar la relación con sus hijos, Dios es la finalidad y el objeto que hay que buscar. "¿Quiénes son mis padres y quiénes son mis hermanos?" Y señalando a sus discípulos, afirma: "He aquí a mi madre y a mis hermanos. Porque quien sea que cumpla la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (*Mateo* 12,46-50).

El segundo corolario se expresa aquí, como acabamos de escucharlo, y en otras páginas evangélicas: siendo todos hijos de Dios por la gracia del bautismo, los discípulos de Cristo están unidos entre sí por un lazo de fraternidad que será la fuente de la vinculación social.

Los primeros padres del cristianismo van a continuar oponiendo la paternidad divina a la paternidad carnal. Tertuliano afirma que los cristianos son los más libres de los hombres: no están limitados por la coacción de la filiación carnal y pueden elegir a su "Padre celestial". Encontramos esta idea en las *Confesiones* de San Agustín, en todos los conversos de la época y en todos aquellos que los seguirán: dejar el padre carnal para ir hacia el Padre celestial, en lo cual también San Francisco es un ejemplo.

En la Biblia, Dios es de otra naturaleza que el dueño del Olimpo calificado como *Zeus Pater*. Éste es un demiurgo que manipula a capricho la vida humana, mientras que el Padre celestial apela al diálogo, a una alianza y a una relación personal con sus creaturas. Pero en el Antiguo Testamento, Él es el Dios de los padres: el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, lo cual significa que el vínculo de cada hombre con Dios se ata a través de sus ancestros. El padre carnal amarra su descendencia al Dios de los antepasados, y saca de esta posición una fuerte legitimación, porque ésta hace de él el intermediario necesario y el depositario de la ley divina. El cristianismo revierte radicalmente esta situación al promover un Dios Padre en lugar del Dios de los *padres*. La paternidad de Dios priva al padre terrestre de su rol religioso. En lugar de sostenerse mutuamente, la re-

lación con el padre y la relación con Dios van a diferenciarse al punto de entrar en una relativa concurrencia. El Dios Padre libera al individuo de la paternidad recibida del padre y de la madre, en nombre de la paternidad universal del Dios de Jesucristo que llama a la vida sobrenatural. En este sentido el bautismo queda como el rito social fundador de esta filiación con Dios y de esta fraternidad en el seno de la Iglesia, que inscribe en la historia de la salvación. La revelación evangélica perfecciona el sentido de paternidad superando la visión del Antiguo Testamento. El padre carnal encuentra el sentido de su paternidad en Dios gracias al cual ejerce el simbolismo por delegación y como intermediario. No es padre como Dios es Padre, pero está al servicio de las exigencias de la paternidad, y por esto es un padre para sus hijos y para los demás, al ser progenitor, nutriente y educador. Él participa de la paternidad divina.

La paternidad carnal, que es el resultado del ejercicio de la sexualidad y de una paternidad socialmente elaborada, va a distinguirse de la paternidad espiritual que transmite la vida sobrenatural y abre a la felicidad que es Dios. La Iglesia va a presidir la gestación y la filiación bautismal. Tanto como Dios es Padre, la Iglesia es verdaderamente madre porque da a luz al cristiano en el bautismo. Las fuentes bautismales son el instrumento de esta filiación y Agustín, seguido por la tradición patristica y litúrgica, las llama "*uterus matris Ecclesiae*".

La novedad de la filiación divina dada a los hombres es realmente la de Cristo. No implica necesariamente haber vivido una buena experiencia de la paternidad humana para entender y aceptar la paternidad divina. Ella revela el origen y el sentido de todas las paternidades humanas y al mismo tiempo abre a la paternidad espiritual que sobrepasa a la paternidad carnal. Sobre todo confirma que la filiación que posee Cristo por naturaleza nos es comunicada por la gracia.

El discurso de la catequesis debe inspirarse entonces en esta realidad fundamental de la fe cristiana más que depender de las falencias paternas contemporáneas. Por otra parte, este discurso podrá igualmente ofrecer un cuadro simbólico que permita situar y asumir las carencias de la función paterna y abrirse a lo que representan las posibilidades de la paternidad espiritual. Sin embargo, la

paternidad de Dios no debe ser instrumentalizada para suplir o mejorar las carencias de la paternidad humana cuando las falencias y las carencias deben ser asumidas.

3. Dios es objeto de reproches y de rechazos

Numerosas personas están divididas entre imágenes positivas y negativas de su experiencia paternal. Este conflicto con deseos también contradictorios puede ser trasladado a Dios Padre a través de una interpretación proyectiva. Adolescentes y adultos rechazan al Dios que aprendieron a descubrir en la infancia porque no llegan a tratar el conflicto de sus imágenes parentales. Algunos se angustian inconscientemente por la idea misma de que Dios pueda ser Padre, al punto de huir de El. Proyectan sobre El el fantasma de la "omnipotencia" aplastante vivida en la infancia con ocasión de la experiencia de la castración simbólica. Así pueden presentarse al menos tres tipos de figuras. 1º) Aquellos que manifiestan que pueden prescindir de Dios afirmándose en una relación de fuerza contra El. 2º) Otros que se infantilizan en esta relación con Dios cuando no llegan a emanciparse de sus imágenes paternas. Por último, 3º) algunos cristianos, no muy cómodos con su complejo paternal, minimizan la paternidad de Dios para valorizar la del Hijo en la persona de Jesucristo. Pero una fraternidad que no está fundada sobre una paternidad no puede existir. Muchas veces desarrollan un complejo anti-institucional. Estos nos dicen más acerca del hombre que de Dios, cuya paternidad se ha rechazado.

El cuestionamiento de la relación institucional, de la autoridad, de los referentes, de las normas y de los dogmas, en beneficio del totalitarismo de los individuos y de las tribus que destrozan el cuerpo social, es la expresión del deseo de la vuelta de la gran diosa Madre. Las relaciones indiferenciadas, el rechazo de la realidad, el totalitarismo asesino y la insensibilidad con respecto a los otros son los síntomas de sociedades dominadas por el principio materno. La omnipotencia está siempre junto a la madre primitiva (aquella que depende de las primeras representaciones del niño) mientras que la relatividad es atributo del padre porque sólo él permite la libertad y la apertura hacia el futuro, ya que la madre no puede representarlo. A menos que no sea para una regresión, la mujer no puede ser el futuro del hombre; es

más bien el hijo el que es su futuro. Las representaciones religiosas actuales están impregnadas de este conflicto cuando se pretende que Dios sea igualmente madre para luchar contra la paternidad divina y contra una falsa concepción de la omnipotencia divina cuya definición bíblica he recordado.

4. Dios está presente como Padre

Claramente no conviene representar a Dios como un *pater familias* porque no tiene diferencia sexual ni roles de padre y de madre en el seno del misterio de la Trinidad. Sin embargo, no es indiferente que Dios se presente siempre como Padre y no como madre. Dios aparece mejor como Padre; como el Otro, como Aquel que pone en relación y abre a la historia, mientras que por el contrario, la simbólica materna mantiene en lo indiferenciado, en la fusión y en el imaginario omnipotente. La mayoría de las religiones paganas fundadas sobre la psicología de la madre, cuyo resurgimiento vemos a través de las sectas, valorizan el placer en detrimento de otras realidades, la inmediatez de un poder divino que descuida el sentido del tiempo y de la historia. La emoción prevalece sobre la palabra quedando más acá de la racionalidad.

La mayoría de las sociedades humanas fueron organizadas en sus orígenes sobre el modelo matriarcal y sobre las religiones de diosas. A partir del siglo IX antes de Cristo, en el mundo mediterráneo, se va a desarrollar un sistema patriarcal para salir de la confusión de roles y de los sentimientos que engendran las sociedades matriarcales. Una lectura etnológica de la Biblia nos permite observar un Dios que libera al hombre de sus ataduras primarias a la naturaleza y a la madre: establece una pareja, Adán y Eva, y la división de sexos que permiten justamente salir de la intriga incestuosa y resolver la cuestión edípica. Tal es por otro lado el sentido mismo de la institución del matrimonio (*matrimonium* de la raíz latina mater – la madre) que hace salir del universo maternal. El rechazo al matrimonio es sin duda el síntoma del individuo que no quiere salir de esta economía primera de la vida afectiva. Pero Dios Padre no se confunde con el patriarcado, aunque éste último sea un progreso de civilización sobre el matriarcado que confina a lo indistinto y a la indiferencia pero también a la vio-

lencia. La invectiva: “Burla a tu madre”, es el slogan de los adolescentes que están bajo el dominio de la simbólica materna y que en la ausencia del padre buscan afirmarse de manera incestuosa cara a cara a las mujeres. Sólo el padre libera de las coacciones infantiles.

No olvidemos que el judaísmo, pero sobre todo el cristianismo, nos han liberado de las religiones de la madre (de las diosas y de las sacerdotisas) que reaparecen a través de las sectas, pero también en los discursos o en las actitudes pastorales. De esta manera no es justo afirmar que hemos de decir “la ternura de un Dios maternalmente Padre”. No hay nada de femenino ni de maternal en Dios, la Santísima Trinidad no es sexuada. Por el contrario, Dios se presenta a través de las mediaciones humanas, como en particular la de la diferencia sexual, con sus consecuencias simbólicas.

Si el Antiguo Testamento y San Pablo, así como la iconografía, utilizan a veces metáforas, parábolas e imágenes maternas para expresar la atención de Dios respecto de su pueblo, El es manifiestamente designado por Jesús en el Evangelio con el título de Padre. Este título es utilizado en un lenguaje analógico pero supera todo lo que se puede entender a través de la paternidad humana. Dios no es padre y madre al mismo tiempo, como lo afirma un conformismo religioso que se alinea de acuerdo a los modos del pensamiento actual marcado por la confusión sexual y la negación de la diferencia sexual. La negación de la diferencia entre los sexos es muy fuerte en el discurso social actual y es alimentada por la ideología feminista del rechazo al varón, por la homosexualidad y por la identificación de los dos sexos en uno. Pero aquello que está negado en el vínculo social, sería bueno, al contrario y paradójicamente, encontrarlo en Dios y expresarlo a través del simbolismo que estructura la Iglesia. La reivindicación feminista, por ej., para el acceso de las mujeres al sacerdocio va en este sentido. Es contrario al sacerdocio cristiano y a la simbólica de la relación de Cristo-Esposo a su Iglesia. Una mujer sacerdote nos mantendría en la regresión homosexual. ¡Lo que se estaría en el aire del tiempo! En la historia de las mentalidades reencontramos siempre esta voluntad de conformar el mensaje del evangelio y la imagen de Dios a los modos de una época y a las intrigas intrapsíquicas vividas por los individuos.

Dios es ante todo Padre en tanto que Tres y Otro. Dios es Padre, Hijo y Espíritu. La Trinidad está estructurada por una relación de paternidad y no de maternidad. Tal es lo esencial del sistema cristiano. Por el contrario la noción de maternidad es atribuida a la Iglesia que es “Madre y Maestra”. La filiación bautismal por la Iglesia hace renacer a los hombres liberados del pecado original; resultan liberados del pecado original; se convierten en hijos de la Mater ecclessia. Como indica Clemente de Alejandría, la Iglesia “atrae hacia ella a los hijitos y los amamanta con una leche sagrada, el logos de las nutriciones” (*Pedagogo* I, 6,42). Ella alimenta transmitiendo la vida sobrenatural que permite crecer en la fe, a través de la enseñanza de la palabra y el don de la eucaristía, alimento espiritual y pan de vida. En fin, la función maternal de la Iglesia se expresa en múltiples imágenes que trasponen el rol de la madre prodigando cuidados y amor a sus hijos. Como lo indica san Bernardo, la Iglesia *nurse* a los fieles; los protege bajo sus alas.

Frente a la originalidad del sistema cristiano, corremos el riesgo de proyectar sobre Dios los fantasmas de las identidades sexuales contemporáneas pero también las dificultades para pensar la disimetría de los sexos y la confusión de los simbolismos paternos y maternales. Pero volvamos para concluir con las consecuencias de la denegación de la función paternal.

Conclusión: liberarse del complejo anti-paternal

Estas pocas observaciones muestran el rol esencial y necesario de la función paternal. Pero hemos visto igualmente que, muy felizmente, repitámoslo, cierta suplencia puede a veces ser ejercida por personas diferentes –e incluso por la madre– que hablarán en “nombre del Padre” sin, por otro lado, representar la paternidad. De esta manera numerosos niños viven solos con su madre sin ser empero perturbados psicológicamente, porque la madre rechaza el encierro en un cuerpo a cuerpo con el niño. Ella no pretende suplir con él en una relación de pareja, reconoce el lugar de la función del Padre, pone al niño en relación con otras personas, en particular hombres. Es capaz de hacer funcionar la simbólica paterna cuando es necesario significar las prohibiciones fundamentales. Los niños por sí mismos, en esta si-

tuación, quieren estar situados entre el padre y la madre, cuando conocen a su progenitor y se encuentran con él con regularidad. También serán capaces, como los otros niños, de hacer jugar un rol paternal a otros adultos. A veces se observa igualmente a niños, solos con su madre, que pasan el tiempo queriéndola casar como para diferenciarse de ella y para que cada uno esté situado en su lugar. Ellos también saben tener recursos en la función de Tres, pero es siempre a título individual, sin el sostén de la sociedad que no toma en cuenta la función paternal.

A pesar de la ausencia física, la existencia del “padre” puede sin embargo estar representada en el lenguaje, es decir compensada por otras personas, y sobre todo en un lugar significado gracias a la imagen positiva que la madre puede tener del hombre y al valor que la sociedad le dé a la función paterna.

Por el contrario, una ausencia simbólica es más grave, porque significa que los adultos no saben ejercer ya la función paterna con respecto a los hijos, ni tratar el conflicto edípico, rechazar la sexualidad incestuosa ni acceder al sentido de la alteridad. A causa de este hecho la relación se vuelve difícil, aleatoria, lo cual desemboca en la violencia juvenil. El reconocimiento de la función del Padre es lo que permite tener el sentido de la educación. En lugar de descalificar socialmente a los padres, debemos liberarnos del complejo anti-paternal.